

Biblioteca Brasileña.

3755

Historia de la Literatura Brasi

leña.

de

Ronald de Carvalho.

Traducción española de

Francisco Villaespesa

1929

Prefacio

Si hay un libro que no precisa presentación es este. El se presenta por si mismo.

La "Pequeña historia de la literatura brasileña" solo es pequeña en el nombre. De hecho, es un gran libro.

Ronald de Carvalho tiene la ventaja de los que, llegando mas tarde, hayan el camino preparado. Delante de él, habia sobretodo dos autores: Silvio Romero y José Verissimo. Otras historias de la literatura, como las de Coelho Netto y Juan Ribeiro fueron hechas con simples intenciones pedagógicas.

El trabajo de Silvio Romero es prodigioso. Todo lo que él encontró - los libros de Fernando Wolff, de Sotero dos Reis y de Joaquim Norberto, - de bien poco le sirvió. Su esfuerzo personal superó en mucho a la magra contribución de sus predecesores.

Silvio tenía virtudes y defectos muy característicos. Por un lado, con su espíritu mas propenso a la síntesis que al análisis, era mejor expositor de generalidades que un minucioso y frío juzgador de personalidades. Por eso mismo, la primera parte de su obra, en que él expone los factores de la literatura brasileña, es muy superior a la segunda, en que su criterio al juzgar a los autores varia a cada instante.

Vino despues de él José Verissimo. Espiritu menos apasionado que el de Silvio, tenía normas mas fijas de apreciación. Mas fijas, pero mucho mas estrechas.

AYUDANTE ALMERIA
F. VILLASPESA
Donación: A. MORENO

El padecía de dos graves defectos: por un lado, su absoluta incapacidad de juzgar todo lo que dice respecto a la poesia; y por otro, una gran ignorancia en las cosas de Ciencia y de Filología.

De la primera afirmación la prueba está en sus juicios sobre varios poetas: son juicios muy zularisimos. Mas conociendo a Verissimo inmediatamente se comprendia la causa de este hecho. El era de esas personas de las que se dice "que no tienen oído". Citando versos de memoria él adivina o les quitaba varias sílabas, sin apercibirse de ello. Fue además uno de los raros escritores brasileños que no comenzara por el indefectible volumen de versos.

De la segunda afirmación se puede tener idea, sabiendo que, cuando Nabuco publicó sus "Pensées Detachées", Verissimo, en el artículo del "Jornal do Commercio", con que saludó el volumen, cariñosamente advirtió al autor de que él exageraba cuando decía que todos los cuerpos eran porosos... La mayoría de sus apreciaciones sobre Hombres y Cosas extranjeros, son simples parafrasis de estudios europeos sobre los mismos asuntos.

AYUT.º ALMERIA (4)
E. VILLARDECA
Donación 7 MARZO 1958
3758
Ronald de Carvalho es demasiado severo con Verissimo, cuando dice que, habiendo criticado él no veía los hombres y si solo las obras. Se fue hay es que disminuía mejor. Así, su antipatía personal por Silvio Romero lo lleva a esta monstruosa injusticia: consagrar a la obra de uno de los mas formidables trabajadores de la literatura nacional apenas siete líneas. Mi una más. Y es bien discutible que Verissimo hubiese podido llevar a cabo su obra, sino en-contrase la de su grande e ilustre predecesor.

Silvio y Verissimo tenían un defecto común: no sabían escribir. Los libros de ambos están abominablemente mal hechos. Los de Silvio tienen, entretanto, una ventaja: tal vez mas incorrectos, pero mas fluentes y ^{mas} claros. En los de Verissimo, sobretudo en los últimos, hay una pretensiones espontánicas de clasicismo, que llegan, a veces, a ser cómicas. El estilo es duro, áspero, pedregoso.

Ronald de Carvalho tiene esta primera originalidad, entre nuestros grandes historiadores de la literatura nacional; es el primero que sabe escribir. Su estilo es sencillo, claro, harmonioso. Dice bien lo que quiere decir.

Poeta, de los mejores de su tiempo, los poetas no
corren con el el peligro que corrían con José
Verissimo.

AYUT.º AMÉRICA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

Al contrario de sus predecesores, el procura preferen-
tamente presentarnos en conjunto los grandes
movimientos sociales de que resultaron las corrien-
tes literarias. Y todo esto hecho sin solemnidad ni
pedantismo. En ninguna parte el autor aparece
como un maestro escaleta distribuyendo premios y castigos.

Sin duda es posible discordar de muchos de sus juici-
os. Basta comparar algunos de sus apreciaciones con
las de Silvio y Verissimo, ya entre sí discordantes, para
sentir que la crítica literaria está aun muy lejos de ser
una ciencia, con criterios fijos. En todo caso, Ronald de
Carvalho, si no puede, como ninguno podrá, olvidar
su educación personal, tiene al menos el mérito de
haber procurado tomar criterios de orden mas general,
porque en vez de apreciar autores por autores, como si ca-
da uno fuese un fenomeno aislado de su medio, es, al
contrario, filiándolos a ese medio, como el procura juzgarlos,
destacando los mas significativos representantes de cada
epoca.

Todo eso permite repetir aqui lo que se dijo al prin-
cipio: la "Pequeña historia de la Literatura Brasi-
leña" debe ser considerada una gran obra.

Medeiros y Albuquerque.

(De la Academia Brasileira)

Introducción.

La Tierra: la Atlántida y las islas fabulosas en
la Antigüedad y en la Edad Media. - El Brasil
en la época del descubrimiento. - El Medio Físico: La
Naturaleza y los factores Meteorológicos. - Algunas opo-
niones de escritores extranjeros sobre el Brasil. - El
Medio social: El Hombre. - La raza. - Conclusión.

Desde la Edad Media la existencia de
tierras situadas al Oeste de Europa preocu-
pó a los mas notables pensadores del viejo mun-
do. Cuéntase por decenas las narraciones fan-
tásticas de continentes y arduos viajes fabulosos,
cubiertos de abundantes florestas, cortados por cau-
dalosos ríos y sombreados de montañas intranspa-
ribles, donde los metales preciosos y las piedras
raras se confundían con el esplendor magnífico
de una flora maravillosa y una fauna descono-
cida.

1- La Atlántida.

H. Martén, en sus "Estudios sobre el tiempo de Pla-
tón," observa que, en el mito de la Atlántida,
narrado por Critias a Sócrates, se hace men-
ción, por la primera vez en la historia, de un
continente situado mucho mas allá de las
columnas de Hércules, donde, ~~ha~~ ^{ha} nueve mil años,
floreciera un gran pueblo, de civilización adelantada
y brillante cultura, gobernado, durante siglos,
por la dinastía de Atlas, hijo de Poseidón y de
una simple mortal, Cleito. Según la tradición,

la leyenda de la Atlántida, había sido revelada a
376
Solón por los sacerdotes egipcios del templo de Saïs, y
formaba parte también de los enseñamientos ministrados
por Sileno al Rey Alcibias. Acerca de Critias, en el
citado diálogo de Platón, que los atlantes, después
de conquistar gran copia de territorios, entre los cuales
el Egipto y la tirrenia, fueron derrotados por los atenienses
en una sangrienta batalla, desapareciendo mas tarde,
con su continente y su espléndida civilización, en
un día y una noche, después de terribles inundaciones
y violentos terremotos.

Timágenes que vivió en el primer siglo antes de la
Era Cristiana, cuenta que oyó de boca de los Druidas
narrativas semejantes a las de Platón y Theopomp.

Pompo. (1)

Nació de ahí la creencia de que los archipiélagos
de las Azores y de las Canarias, así como el de
las Antillas, formaban parte de Atlántida sumen-
tida, como un sistema de elevadas cordilleras, en
cuyos vestigios no sería difícil descubrir la veraci-
dad de la famosa leyenda. (2) Entretanto, en la
propia literatura griega, se encuentran varias pasajes,
por los cuales se compone la respuesta que tal fanta-
sia mereció de diferentes autores. Proclus, que

se intercambio de transmutarnos los argumentos presen-
tados por muchos de los contradictores, dice que ³⁷⁶Platonius
consideraba la Atlantida como una alegoría de la
lucha entre el Bien y el Mal; Amelius veía en la
leyenda de su desmoronamiento rápido y terrible el
combate de las estrellas y de los planetas; Origenes, la
guerra de los buenos y de los malos espíritus y
Longinos, apenas una fabula igual a varias otras
de que Platón se servía para hermosear las abstra-
ciones de sus diálogos sutiles.

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Dedicación: A. MORENO

Además de Platón, otros historiadores, como Plutarco,
Strabón, Macrobio, Dionysio de Mitilene, Plinio, Pomponio
Mela, y Diodoro de Sicilia, se refieren a regiones ignotas,
fuera del limitado mundo mediterráneo.

Dionysio de Mitilene dice que los atlantes eran
un pueblo inteligente y poderoso, y los denomina
indiferentemente: 'ΑΤΛΑΝΤΕΣ, ΑΤΛΑΝΤΕΟΙ, ΑΤΑΡΑΝΤΕΣ.

Diodoro de Sicilia habla de una isla de exuberantes riberas,
descubierta por los fenecios a muchos días de viaje de las costas
africanas, donde la primavera se mantenía constante, el di-
ma era ameno, la vegetación opulenta y los frutos
cos y sabrosos. Aristoteles cita, también, una gran isla,
Antilia, ha muchas semanas de navegación del continente,
colonizada por los Cartagineses, tan celosos, pues, de su presa,
que castigaban con la muerte a aquellos que pronunciaban
apenas el nombre. El pueblo ateniense acreditaba, entre
los, en la historia de la Atlantida, a pesar de todas las
las contestaciones (contra ella formuladas) una

Tradición persistente conservaba en Atenas ^{la} ~~la~~ ^{memoria} ~~memoria~~ ¹⁰
ria de las peleas, contra los atlantes, tanto ³⁹⁶⁴ ~~pues~~ ^{que} en las
pequeñas Panatheneas, celebradas en honor de Palas, era
obligatorio el uso de un peplum que recordase la protec-
ción de aquella diinidad en la guerra sustentada
por los atenienses contra los ejércitos de la Atlántida.
Gaffarel cuenta que los escritores españoles y
portugueses del Siglo XVI tomaron la isla descrip-
ta por Diodoro de Sicilia por el continente america-
no, tal la semejanza de los vastos paisajes y el clima
delicados.

En fin, para corroborar todos ^{en} ^{vejos} ^{pasajes} ^{referentes} ^a ^{nuevos} ^{mundos}, como aquella celebre profecía de
Seneca, en Medea:

Venient annis secula seris,
quibus Oceanus vincula rerum
laxet, et ingens pateat tellus
~~Et~~ tethysque novos detegat orbes,
tethysque novos detegat orbes,
nec sit terris ultima Thule;

varios factores extraños, como el aporinamiento en las
costas de Germania, ^{en} el año 62 antes de Cristo, de
un barco tripulado por hombres desconocidos, en
Aregados, según Plinio y Pomponio Mela, al Prow
sul de las Galias, Metelo Beler, así como otros
sucesos de que nos ofrecen copiosas noticias, Plinio,
Egger Oton de Freisingen y Silvio Eneas Picolini; vivien-

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPESA
Donación: A. MORENO

a reforzar en la mente de los navegadores europeos (1) la idea de que la tierra no era tan misteriosa como sus antepasados se imaginaban.

AYUD. ALMERIA
F. VILLALBA
Donación: A. MORENO
3765

Las tradiciones celtas, principalmente las de Irlanda, hacen constantes alusiones a una región paradisíaca, el Meg-Meld (País de la Eternidad), habitada por espíritus superiores. Los galos en "las islas verdes de las corrientes", los escandinavos en la Saga de Erik el Rojo, los sajones en sus Helluland (País de las Rocas), Markland (País de los árboles), y Vinland (País de las Viñas), contribuyeron para desenvolver el furore por los cruceros largos y peligrosos a través de mares y mundos misteriosos.

En la Edad Media hizo furor la novela de S. Brendan, que no era nada más que la relación llena de lances dramáticos y peripecias interesantes, del viaje emprendido por aquel navegante irlandés, tan al sabor de la colónica imaginación popular, en un país maravilloso y sorprendente. La isla de S. Brendan pasó a figurar en todos las cartas nauticas medievales. En el globo de Martin Behaim, hecho en 1492, se ve el dibujo de la isla acompañado de la siguiente nota: "En el año 565, después del nacimiento de Jesus Cristo, S. Brendan aportó a esta isla, a la cual examinó lleuando cuenta, permaneciendo en ella siete años y retirándose después para su país." Aun en el Siglo XVII ella aparece también en la carta de Ortelius; y la creencia en su existencia era tan

fuerte que, en el mismo siglo XVIII, en 1721, fue (2)
procurada por don Juan de Mur y Aguirre, capitán
general de las Yndias, que armó una expedición
sui, naturalmente, obtener el mejor resultado.
Entre las diversas islas mencionadas por los escritos.

AYUT. ALMEI
E. VILLASPE
Donación: A. MORENO

Entre las diversas islas mencionadas por los escritos,
res, medievales, en el Oceano Atlantico, como
las de Sticofira, Royllo, Mau Satanaxis, y Antilia, me
rece especial referencia una conocida por el nombre
de Brauir, Braxil, Brazylle o el Brasile. Registrado
por primera vez en un mapa del Atlas Mediceo, de
1351, en contramano, después, en varias cartas, como las
de Prigani, de 1367, y Jefferys, de 1776, con la única
particularidad de variar constantemente de nombre y posi-
ción, ora surgiendo en la altura de las Azores, ora
en las costas occidentales de las Islas Británicas. (3)

La misma fascinación producida por la noticia
de las otras islas fabulosas se observó en lo tocante
a la que nos interesa. Varias expediciones fueron or-
ganizadas con el fin de determinar su posición
y recoger los tesoros que ella por ventura encerrase.
Todas fallaron sucesivamente.

Solamente en el Siglo XVI, después de las grandes
descubiertas españolas y portuguesas, valió a estar
en el tablero, y de esa vez de un modo definitivo,
la existencia de una tierra brasileña. Ya no se estaba
en el terreno de las conjeturas, de las hipótesis arro-
jadas y de las leyendas hermosas. Era la mas deli-
ciosa de las realidades que sourceia a los ojos

deslumbrados de los navegadores europeos. Era la ⁽¹³⁾realidad recompensadora de tantos sueños desbordados, de tantas audacias inútiles, de tantas decepciones dolorosas.

Un mundo virgen, bogando en luz, recamado de flores odoríferas y de dorados frutos exquisitos, un mundo más atractivo que "las Islas Verdes", de los galos o el "Meg-Meld" de los irlandeses, rompió de las aguas espejadas, como una gran joya luminosa!

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Generación: A. MORENO

Tal era su belleza y tal el primor de sus paisajes graciosos, que un sentimiento de orgullo satisfecho creció en los almas rudas y bravas de la lusitana gente.

Habitados a la ribera de las desoladas costas africanas, donde sufrían

En mar tanta tormenta, y tanto dano,
en tierra tanta guerra, tanto enfado,
tanta necesidad aborrecida! (4)

los marineros de la flota de Cabral creyeron contemplar en el seno de los bosques lusitanos, en la transparencia de las aguas de neves, en el brillo del cielo limpio y suave, en la lozanía de las plantas aromáticas y elegantes, aquella Isla de los

Amores, en que

abre a romã, mostrando a rubicunda

cor, em que tu, tão preso perdes, (5)

y donde
Mil arvores, ao céu estão & subido,

3768

com pomos odoríferos & e bellos;
a laraugira têm no fruto liudo
a cõr que tinha Daphne nos cabellos;
encosta-se no chão, pue está cahindo
á cidreira co'os pexos amarelllos:
os famosos limões, alli cheirando,
estão virgínoes tetas imitando. (6)

Desde muy pronto recibió la nueva tierra el bautismo
estaniado de las mas leves y sensibles plumas. Sus
florestas vastas y majestuosas, sus arroyos infinitos,
sus embarcaderos claros y profundos, sus montañas
de reontes caprichosos, sus valles espaciosos atrajeron
las miradas de ~~los~~ capitanes aventureros, de los jení-
tas, catepueistas, poetas y escultores de la Metrópoli.
Luego, en la primera mitad del Siglo XVI, en
1549, Nobrega describía así los encantos y excelencias
del país recién descubierto:

"Es muy saludable y de buenos aires, de suerte que sien-
do mucha nuestra gente y muy grandes las fatigas,
y mudando de la alimentación con que se nutrieran, son
poco los que se enferman y estos de prisa se curan.
La región es tan grande, que, dicen, que de tres partes en
se dividiese el mundo, ocuparia dos; es muy fresca, y,
mas o menos temperada, no nutriendose mucho el calor
del estio; tiene muchos frutos de diversas qualidades,
y muy sabrosos; en el mar igualmente mucho pez
y bueno.

Señejan los montes grandes jardines y pomares
que no recuerdo haber visto tapiz tan bello. En
dichos montes hay animales de muy diversas
hechuras, tales nunca conoció Plinio, ni de ellos

dio justicia, y hierbas de diferentes colores, muchas (15)
y diversas, de las de España; lo que bien demuestra
la grandera del Criador en tan vasta variedad y be-
llezza de las criaturas."

3769

Mas adelante, en 1585, Aucheta afianaba por el
mismo diapasón, escribiendo:

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Dedicado: A. MORENO

"Todo el Brasil es un jardín en frescura y borques,
y no se ve en todo el año arbol ni hierba seca. Las ar-
boledas se van a las nubes de admirable altura y grosu-
ra y variedad de especies. Muchos dan buenos frutos
y lo que les da gracia es que hay en ellos muchos
pajarillos de gran hermosura y variedad y en
su canto no dan ventajas al de los niseñeros, jilga-
ros, aloncos y canarios de Portugal, y hacen una
harmonía cuando un hombre va por este camino,
que es para loar al Señor, y los borques son tan
frescos, que los lindos y artificiales de Portugal
quedan muy abajo."

De igual modo se expresarán tiempo adelante
Gabriel Soares, Cardim, Rocha Pitta, y muchos otros,
cuando puiten, llenos de temor y de espanto, las
diversas formas que en la naturaleza ostentan
las tierras brasileiras.

Brasil en el imperio

42-1) 3

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

3770

BIBLIOTECA BRASILEÑA.

HISTORIA DE LA LITERATURA BRASILEÑA

DE

RONALD DE CARVALHO.

TRADUCCION ESPAÑOLA

DE

FRANCISCO VILLAESPEA.

1929.

3771

PREFACIO.

Si hay un libro que no precisa presentación es este. El se presenta por si mismo.

La "Pequeña historia de la literatura brasileña" solo es pequeña en el nombre. De hecho es un gran libro.

Ronald de Carvalho tiene la ventaja de los que, llegando mas tarde, hallan el camino preparado. Delante de él, había sobre todo dos autores: Silvio Romero y José Verissimo. Otras historias de la literatura, como las de Coelho Netto y Juan Ribeiro fueron hechas con simples intenciones pedagógicas.

El trabajo de Silvio Romero es prodigioso. Todo lo que él encontró - los libros de Fernando Wolff, de Sotero dos Reiss y de Joaquim Norberto, - de bien poco le sirvió. Su esfuerzo personal superó en mucho a la magra contribución de sus predecesores.

Silvio tenía virtudes y defectos muy característicos. Por un lado, con su espíritu mas propenso a la síntesis que al análisis, era mejor expositor de generalidades que un minucioso y frio juzgador de personalidades. Por eso mismo, la primera parte de su obra, en que él expone los factores de la literatura brasileña, es muy superior a la segunda, en que su criterio al juzgar a los autores varía a cada instante.

Vino después de él José Verissimo. Espíritu menos apasionado que el de Silvio, tenía normas mas fijas de apreciación. Mas fijas, pero mucho más estrechas.

El padecía de dos graves defectos: por un lado, su absoluta incapacidad de juzgar todo lo que dice respecto a la poesía; y por

otro, una gran ignorancia en las cosas de Ciencia y de Filosofía.

De la primera afirmación la prueba está en sus juicios sobre varios poetas: son juicios singularísimos. Mas conociendo a Verissimo inmediatamente se comprendía la causa de este hecho. El era de esas personas de las que se dice "que no tienen oído". Citando versos de memoria él añadía o les quitaba varias sílabas, sin apercibirse de ello. Fué además uno de los raros escritores brasileños que no comenzara por el indefectible volumen de versos.

De la segunda afirmación se puede tener idea, sabiendo que, cuando Nabuco publicó sus "Pensées Detachées", Verissimo, en el artículo del "Jornal do Commercio", con que saludó el volumen, cariñosamente advirtió al autor de que él exageraba cuando decía que todos los cuerpos eran porosos... La mayoría de sus apreciaciones sobre "Hombres y cosas extranjeros", son simples parafrasis de estudios europeos sobre los mismos asuntos.

Ronald de Carvalho es demasiado generoso con Verissimo, cuando dice que, haciendo crítica él no veía los hombres y sí solo las obras. Lo que hay es que disimulaba mejor. Así, su antipatía personal por Silvio Romero lo lleva a esta monstruosa injusticia: consagrar a la obra de uno de los más formidables trabajadores de la literatura nacional apenas siete líneas. Ni una más. I es bien discutible que

- 4 -

Verissimo hubiese podido llevar a cabo su obra, si no encontrase la de su grande e ilustre predecesor.

Silvio y Verissimo tenían un defecto común: no sabían escribir. Los libros de ambos están abominablemente mal hechos. Los de Silvio tienen, entretanto, una ventaja: tal vez más incorrectos, pero son más fluentes y más claros. En los de Verissimo, sobretudo en los últimos, hay unas pretenciones esporádicas de clasicismo, que llegan, a veces, a ser cómicas. El estilo es duro, áspero, pedregoso.

Ronald de Carvalho tiene esta primera originalidad, entre nuestros grandes historiadores de la literatura nacional: es el primero que sabe escribir. Su estilo es sencillo, claro, armonioso. Dice bien lo que quiere decir.

Poeta, de los mejores de su tiempo, los poetas no corren con él el peligro que corrían con José Verissimo.

Al contrario de sus predecesores, él procura preferentemente presentarnos en conjunto los grandes movimientos sociales de que resultaron las corrientes literarias. I todo esto hecho sin solemnidad ni pedantismo. En ninguna parte el autor aparece como un maestro de escuela distribuyendo premios y castigos.

Sin duda es posible discordar de muchos de sus

juicios. Basta comparar algunas de sus apreciaciones con las de Silvio y Verissimo, ya entre sí discordantes, para sentir que la crítica literaria está aun muy lejos de ser una ciencia, con criterios fijos. En todo caso, Ronald de Carvalho, si no puede, como ninguno podrá, olvidar su ecuación personal, tiene al menos el mérito de haber procurado tomar criterios de orden mas general, por que en vez de apreciar autor por autor, como si cada uno fuese un fenómeno aislado de su medio, es, al contrario, filiándolos a ese medio, como él procura juzgarlos, destacando los más significativos representantes de cada época.

Todo eso permite repetir aquí lo que se dijo al principio: La "Pequeña historia de la literatura brasileña" debe ser considerada una gran obra.

Medeiros y Albuquerque.

(De la Academia Brasileña)

INTRODUCCION.

La Tierra: la Atlántida y las islas fabulosas en la Antigüedad y en la Edad Media.- El Brasil en la época del descubrimiento.- El Medio Físico: La Naturaleza y los factores Mesológicos.- Algunas opiniones de escritores extranjeros sobre el Brasil.- El Medio social: El Hombre.- La raza.- Conclusión.

Desde la Edad Media la existencia de tierras situadas al Oeste de Europa preocupó a los más notables pensadores del viejo Mundo. Cuéntanse por decenas las narraciones fantásticas de continentes y archipiélagos fabulosos, cubiertos de abundantes flores-tas, cortados por caudalosos ríos y sombreados de montañas intransponibles, donde los metales preciosos y las pedrerías raras se confundían con el esplendor magnífico de una flora maravillosa y una fauna desconocida.

1 - LA ATLANTIDA.

H. Martín, en sus "Estudios sobre el Timeo de Platón", observa que en el mito de la Atlántida, narrado por Crístias a Sócrates, se hace mención, por la primera vez en la Historia, de un continente situado mucho más allá de las columnas de Hércules, donde, ha nueve mil años, floreciera un gran pueblo, de civilización adelantada y brillante cultura, gobernado, durante siglos, por la dinastía de Atlas, hijo de Poseidón y de una simple mortal, Cleito. Según la tradición la leyenda de la Atlántida, había sido revelada a Solón por los sacerdotes egipcios del templo de Sais, y formaba parte también de los enseñamientos ministrados por Sileno al Rey Midas. Acrecienta Cristias, en el citado diálogo de Platón, que

los atlantes, después de conquistar gran copia de territorios, entre los cuales el Egipto y la Tirrenia, fueron derrotados por los atenienses en una sangrienta batalla, desapareciendo más tarde con su continente y su espléndida civilización, en un día y una noche, después de terribles inundaciones y violentos terremotos.

Timageno que vivió en el primer siglo antes de la Era Cristiana, cuenta que oyó de boca de los Druidas narrativas semejantes a las de Platón y Thespompo. (1)

Nació de ahí la creencia de que los archipiélagos de las Azores y de las Canarias, así como el de las Antillas, formaban parte de Atlántida sumergida, como un sistema de elevadas cordilleras, en cuyos vestigios no sería difícil descubrir la veracidad de la famosa leyenda. (2) Entretanto, en la propia literatura griega, encuéntrase varios pasajes, por los cuales se comprueba la repulsa que tal fantasía mereció de diferentes autores. Proclus, que se incumbió de transmitirnos los argumentos presentados por muchos de los contradictores, dice que Momenius consideraba la Atlántida como una alegoría de la lucha entre el Bien y el Mal; Amelius veía en la leyenda de su desmoronamiento rápido y

terrible el combate de las estrellas y de los planetas; Orígenes, la guerra de los buenos y de los malos espíritus y Longinos, apenas una fábula igual a varias otras de que Platón se servía para hermosear las abstracciones de sus diálogos sutiles.

Además de Platón, otros historiadores, como Plutarco, Strabón, Macrobio, Dionysio de Mitilene, Plinio, Pomponio Mela y Diodoro de Sicilia, se refieren a regiones ignotas, fuera del limitado mundo mediterráneo.

Dionysio de Mitilene dice que los atlantes eran un pueblo inteligente y poderoso, y los denominaba indiferentemente:

Diodoro de Sicilia habla de una isla de exuberantes riquezas, descubierta por los fenicios a muchos días de viaje de las costas africanas, donde la primavera se mantenía constante, el clima era ameno, la vegetación opulenta y los frutos frescos y sabrosos. Aristóteles cita, también, una gran isla, ANTILIA, a muchas semanas de navegación del continente, colonizada por los cartagineses, tan celosos, pues, de su presa, que castigaban con la muerte a aquellos que pronunciaban apenas el nombre. El pueblo ateniense acreditaba, entretanto, en la historia de la Atlántida, a pesar de todas las contestaciones formuladas contra ella. Una tradición per-

sistente conservaba en Atenas la memoria de las peleas contra los atlantes, tanto que en las pequeñas Panatheneas, celebradas en honor de Palas, era obligatorio el uso de un peplum que recordase la protección de aquella Divinidad en la guerra sustentada por los atenienses contra los ejércitos de la Atlántida.

Gaffarel cuenta que los escritores españoles y portugueses del Siglo XVI tomaron la isla descrita por Diodoro de Sicilia por el continente americano, tal la semejanza de los vastos paisajes y el clima delicioso.

En fin para corroborar todos esos viejos cuentos de la antigüedad clásica, y todos los pasajes referentes a nuevos mundos, como aquella celebre profecía de Seneca, en Medea:

Venient aunis saecula seris,
quibus Oceanus vincula rerum
laxet, et ingens pateat tellus
tethysque novos detegat orbes,
nec sit terris ultima Thule;

varios factores extraños como el aprisionamiento en las costas de Germania, en el año 62 antes de Cristo, de un barco tripulado por hombres desconocidos, entregados, según Plinio y Pomponio Mela, al Proconsul de las Galias, Metelo Celer, así como otros sucesos de que nos fornecen copiosas noticias, Hormio, Egger, Otón de Freyserigen y Silvio Eneas Picolimi, vinieron a reforzar en la mente

de los navegadores europeos la idea de que la Tierra no era tan mesquina como sus antepasados se imaginaban,

Las tradiciones celtas, principalmente las de Irlanda, hacen constantes alusiones a una región paradisiaca, el MEG-MELD (País de la Eternidad), habitada por espíritus superiores. Los galos en "las islas verdes de las corrientes", los escandinavos en la Saga de Erik el Bermejo, con sus Helluland (País de las Rocas), Markland (País de los Arboles) y Vinland (País de las Viñas), contribuyeron para desenvolver el gusto por los cruceros largos y peligrosos a través de mares y mundos misteriosos.

En la Edad Media hizo furor la novela de S. Brendan que no era nada mas que la relación llena de lances dramáticos y peripecias interesantes, del viaje emprendido por aquel heroe irlandés, tan al sabor de la coloria imaginación popular, a un país maravilloso y sorprendente. La isla de S. Brendan pasó a figurar en todas las cartas náuticas medievales. En el globo de Martín Behaim, hecho en 1492, se ve el dibujo de la isla acompañado de la siguiente nota: "En el año 565, después del nacimiento de Jesus Cristo, S. Brendan aportó a esta isla, a la cual examinó lleno de encanto, permaneciendo en ella siete años y retirándose después para su país". Aun en el Siglo XVI ella aparece tambien en la carta de Portelius, y la creencia en su existencia era tan fuerte que,

en el mismo Siglo XVIII, en 1721, fué procurada por Don Juan de Mier y Aguirre, Capitán General de las Canarias, que armó una expedición, sin, naturalmente, obtener el menor resultado.

Entre las diversas islas mencionadas por los escritores medievales, en el Oceano Atlántico, como las de Stocafixa, Royllo, Mau Satariaxio, y Antilia, merece especial referencia una conocida por el nombre de Bracir, Braxil, Brazylle o El Brasile. Registrada por primera vez en un mapa del Atlas Medicis, de 1351, encontramosla, después, en varias cartas, como las de Prigani, de 1367, y Jefferys, de 1776, con la única particularidad de variar constantemente de nombre y posición, ora surgiendo en la altura de las Azores, ora en las costas occidentales de las Islas Británicas. (3)

La misma fascinación producida por la noticia de las otras islas fabulosas se observó en lo tocante a la que nos interesa. Varias expediciones fueron organizadas con el fin de determinar su posición y recoger los tesoros que ella por ventura encerrase. Todas fallaron sucesivamente.

Solamente en el Siglo XVI, después de las grandes descubiertas españolas y portuguesas, volvió a estar en el tablero, y de esa vez de un modo definitivo, la existencia de una tierra brasileña. Ya no se estaba en el terreno de las conjeturas, de las hipótesis arrojadas y de las leyendas hermosas. Era la más deliciosa de las reali-

dades que sonreía a los ojos deslumbrados de los navegadores europeos. Era la realidad recompensadora de tantos sueños deshechos, de tantas audacias inútiles, de tantas decepciones dolorosas.

Un mundo virgen, bogando en luz, recamado de flores odoríferas y de dorados frutos exquisitos, un mundo mas atrayente que "Las Islas Verdes", de los Galos o el "Meg-Meld" de los Irlandeses, rompía de las aguas espejadas, como una gran joya luminosa!

Tal era su belleza y tal el primor de sus paisajes graciosas, que un sentimiento de orgullo satisfecho creció en las almas rudas y bravías de la lusitana gente.

Habituados a la rispidés de las desoladas costas africanas, donde sufrían

En mar tanta tormenta, y tanto daño,
en tierra tanta guerra, tanto engaño,
tanta necesidad aborrecida! (4)

los marineros de la flota de Cabral creyeron contemplar en el seno de los bosques misteriosos, en la transparencia de las aguas desnevasadas, en el brillo del cielo límpido y suave, en la lozanía de las plantas aromáticas y elegantes, aquella Isla de los Amores en que

abre a romá, mostrando a rubicunda
cor, con que tu, teu preço perdes, (5)

y donde

Mil arvores ao cáu estão subindo,
com pomos odoriferos e bellos

a larangera tem no fruto lindo
a côr que tinha Daphne dos cabellos;
encosta-se no chão, que está cahindo
á cidreira co'os pezos amarelllos:
os fãmosos limões, alli chãirando,
estão virginaes tetas imitando. (6)

Desde muy pronto recibió la nueva tierra el bautismo extasiado de las mas leves y sencibles plumas. Sus florestas vastas y magestuosas, sus riquezas infinitas, sus embarcaderos claros y profundos, sus montañas de recortes caprichosos, sus valles espaciosos atraieron las miradas de capitanes aventureros jesuitas catequistas, poetas y escritores de la Metropoli.

Luego, en la primera mitad del Siglo XVI, en 1549, Nobrega describía así los encantos y exelencias del país recientemente descubierto:

"Es muy saludable y de buenos aires, de suerte que siendo mucha nuestra gente y muy grandes las fatigas, y mudando de la alimentación con que se nutrieran, son pocos los que se enferman y estos de prisa se curan. La región es tan grande, que, dicen, que de tres partes en que se dividiere el mundo, ocuparía dos; es muy fresca, y, más o menos temperada, no sintiéndose mucho el calor del estío; tiene muchos frutos de diversas cualidades y muy sabrosos; en el mar igualmente mucho pez y bueno.

Semejan los montes grandes jardines y pomares que no recuerdo haber visto tapiz tan bello. En dichos montes hay animales de muy diversas hechuras, cuales nunca conoció Plinio, ni de

- 15 -

ellos dió noticia, y hierbas de diferentes olores, muchas y diversas a las de España; lo que bien demuestra la grandeza del Creador en tamaña variedad y belleza de las criaturas."

Mas adelante, en 1585, Anchieta afinaba por el mismo diapason, escribiendo:

"Todo el Brasil es un jardín en frescura y bosques, y no se ve en todo el año arbol ni hierba seca, Las arboledas se van a las nuves de admirable altura y grosura y variedad de especies. Muchos dan buenos frutos y lo que les da gracia es que hay en ellos muchos pajarillos de gran hermosura y variedad y en su canto dan ventajas a los ruiseñores, jilgueros, colorines y canarios de Portugal, y hacen una harmonía cuando un hombre va por este camino, que es para loar al Señor, y los bosques son tan frescos, que los lindos y artificiales de Portugal quedan muy abajo."

De igual modo se expresarán tiempo adelante Gabriel Soares, Cardim, Rocha Pitta, y muchos otros, cuando pinten, llenos de fervor y de espanto, las lindas formas con que la naturaleza vistiera las tierras brasileñas.